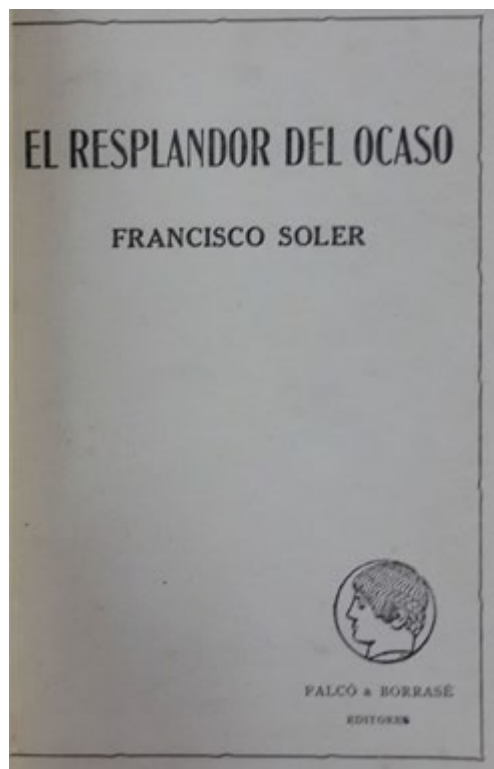


Francisco Soler



Francisco Soler fue uno de los espíritus más inquietos entre los que se han dedicado a las ingratas faenas de la literatura. Hábil en el domino del diálogo, a él se inclinaba con predilección, aún en aquellos momentos en los que el cambio de impresiones entre dos o más personajes no se hacía necesario.

La sátira, en la punta de su vibrante pluma o en la de su conversación llena de gracia, sabe llegar en el momento preciso, despertando, a veces, en quien lo leen, ahora, y, entonces en quienes lo escuchaban, la sonrisa piadosa hacia la víctima de sus bromas amables.

Había mucho del espíritu jovial francés en el alma de este intelectual costarricense y francesa parece ser esa predilección irresistible por las imágenes de precisión admirable. Francesa es aquella tendencia voluntaria a no tomar en serio nada, haciendo, a la vida, en todos los momentos, un guiño malicioso que habría de provocar la risa en esa misma existencia de la que fingía burlarse.

Murió muy joven. En consecuencia, dejó muy pocas producciones. Sin embargo, esas contadas obras suyas le conceden el derecho indiscutible de ser tomado en cuenta al citar a los magníficos escritores nacionales.

Su novela *El resplandor del ocaso*, que había de tener tres partes de igual amplitud, no pudo ser terminada. De ella falta la última, cuyo argumento el autor, con frecuencia muy natural, acostumbraba referir a sus amigos predilectos.

En la primera jornada, con la maestría suya característica, no presente a una rubia bulliciosa, pizpireta y juguetona, eje sugestivo del relato. Lía, Larrabé, pájaro calentado en nido ajeno, y Armando Lile, súbdito francés de serenidad de piedra labrada, se sienten atraído el uno hacia el otro. Son jóvenes. La vida, hosca siempre, ha hecho un claro en su camino y les sonríe. Seguros de la recíproca felicidad, juegan con la propia suerte. Se complacen en crearse una situación de hostilidad que va envolviéndolos en una red de mallas sutiles. Le mortifican sin objeto en forma tal que muy pronto llegan a un régimen de la más rigurosa indiferencia.

Ella, sin comprender que así firma la propia sentencia de eterna melancolía, acepta unirse en matrimonio con un hombre de edad. Cree que ese amor ha de llevar a su espíritu la serenidad sugestiva que hay en los resplandores del ocaso.

Armando debe enrolarse en ejército de su patria lejana. Se le

despide con una brillante fiesta en la que logra conversar una vez más, la última seguramente, con la amada de antes, de ahora y de siempre. Están, en presencia no buscada pero con ansiedad, el hombre generoso hasta el sacrificio y la mujer que se juzga egoísta hasta la crueldad. Locos ambos ante la locura del mundo ensangrentado.

Como él le declara que, por causa suya, hasta ha pensado en suicidarse; ella, en un arranque de inconsciencia absurda, le dice que se haga matar en la guerra. ¿Se lo ordena porque así lo siente? No hay duda. Hasta ese punto, la conduce la natural fiereza de una mujer desesperada. Ya, hasta la apacibilidad de los resplandores del ocaso, le produce angustias indefinibles.

El amado promete mientras la amada confiesa que prefiere la memoria de un héroe a la presencia de un hombre.

En la segunda jornada encontramos a la bella mujer buscando inútilmente la alegría en el bullicio de las olas en donde no se sabe cuál es más graciosa, si la ondulante agilidad de aquel cuerpo armonioso o la inquietud rumorosa del océano que, viejo al fin, la envuelve en sutiles caricias enervantes. Frente a las iras de aquellas aguas que se levantan como protestas inútiles, cree tener algo de gaviota porque la furia de las olas la convida a desafiarlas.

Busca, sin quererlo, sin obtenerla, la tranquilidad para su espíritu. En esa tarea se satura de preocupaciones porque, como decía el amado ya muerto, es delicioso tener siempre una mortificación que atormente sin descanso la conciencia nunca satisfecha.

Busca las quietudes de la selva. En sus sombras que mucho tienen de arrepentimientos, el alma se ensancha y se dedica a pensar y a sentir. Piensa en el héroe cuyo sacrificio, como todos los sacrificios, habría de ser inútil. Recuerda, con dolor angustioso, aquella mano que con tanta dulzura la acarició, aquella mano arrancada del brazo adorado por la furia enemiga.

Con el inefable recuerdo de esa mano quieren unos irresponsables reírse de ella, demostrarle que no está en lo justo al decir que se siente incapaz de alentar miedo alguno.

No es el miedo el que la vuelve loca al ver, en la oscuridad de su alcoba, sobre la propia almohada de sus confidencias íntimas aquella mano convertida en un haz de luces sobrenaturales. No es el miedo; no puede ser en una mujer como ella.

Algunos critican el detalle final de la novela. No les agrada la visión de aquel despojo iluminado por la sal sulfúrica de cada mio que Lía muerde con furia indecible. Les desagrada el violento paso de la delicadeza que se multiplican a cada momento, en el relato, a la angustiada escena final.

Soler quiso, en ese instante, con una de las simpatías sonrisas suyas, burlarse de sí mismo y de quien, talvez está leyendo, por sobre su hombro, lo que él iba escribiendo.

La tercera jornada, la que habría de apagar la tragedia desesperante, no llegó talvez a escribirse.

Dice Rogelio Sotela que en una tarde escuchó, de boca del mismo novelista, el relato del argumento de esa postrera jornada. Podría llamarse *La novia de siempre*. En aquella visita de la mujer ilusionada que recibía todos los hombres, sin lograr jamás convertiría en realidad. Aparece, flota la figura de Lía y vuelve al mar, tirano para ello a destruir de nuevo el embrujo amoroso de ambos.

En la obra, escrita con el cariño que, en todo lo suyo, sabía poner este admirable escritor, apreciamos un estilo perfecto esmaltado en uno y otro sitio, por magníficas y valiosas imágenes. Así es el estilo de Francisco Soler: así lo apreciamos en su comedia, tachonadas de estrellas. *El último madrigal*, así lo admiramos en su primera obra de filosofía amable, *Los pecados capitales*.